

si estuviese en el cuarto de un enfermo. Una banda de gorriones se posó, piando, en la rama de un árbol. Después hubo unos momentos de silencio, y Alfonso de Maia, dijo:

—¿De modo que Saldaña ha presentado la dimisión?

Villaça contestó vaga y maquinalmente:

—Sí, señor; es verdad...

Y no se habló más de Pedro de Maia.

## II

Pedro y María, entre tanto, gozando una felicidad de novela, bajaban á pequeñas jornadas por Italia, de ciudad en ciudad, por esa vía sagrada que va desde las flores y las mieses de la planicie lombarda, hasta el afeminado país en que se levanta Nápoles, la ciudad blanca bajo el cielo azul. Allí contaban pasar el invierno, en aquella atmósfera siempre tibia, junto al mar siempre tranquilo, donde las primicias del amor tienen una suavidad más grande y duradera... Pero un día, en Roma, María sintió anhelos de ver París. Parecíale aburrido viajar al lento balanceo del coche, sólo para ir á ver á los *lazzaroni* engullir macarrones. Mucho mejor sería habitar un nido acolchado en los Campos Elíseos y pasar un hermoso invierno de amor. París estaba sosegado bajo la férula del príncipe Luis Napoleón. Además aquella vieja Italia clásica la aburría; tantos mármoles eternos, tantas *madonnas*, empezaban á torturar su pobre cabeza, como decía con mucho mimo, reclinándola en el hombro de Pedro. Deseaba ver tiendas de modas iluminadas por gas, oír el rumor del boulevard... También le daba mucho miedo Italia, donde todo el mundo conspiraba.

Fueron á Francia.

Pero al cabo aquel París tan agitado, en cuyas calles quedaba un vago olor de pólvora, donde cada rostro tenía aún la expresión de la lucha, desagradó á María.

Soñaba de noche con la Marsellesa, pareciale ver policías por todas partes; todo se le antojaba triste; las duquesas, pobres ángeles, no se atrevían á ir al Bosque por miedo á los obreros, ralea insaciable. De todos modos, permanecieron allí invierno y primavera, en el nido que María soñara, tapizado de azul, situado en los Campos Eliseos.

Después, volvió á hablarse de revolución, de un golpe de Estado. La admiración absurda de María por los nuevos uniformes de los guardias-móviles, encorcoraba á Pedro. Cuando su esposa presentó los primeros síntomas de preñez, Pedro la sacó de aquel París batallador y atractivo, para llevarla á Lisboa adormecida al sol.

Antes de partir escribió á su padre.

Fué un consejo, casi una exigencia de María. La negativa de Alfonso de Maia la afligió mucho al principio, casi la desesperó. No es que la importara la desunión doméstica; pero aquel *no* afrentoso de hidalgo puritano había hecho gran efecto en el público y marcó brutalmente su origen sospechoso. Odió al viejo y apresuró el casamiento y aquel viaje triunfal á Italia, para demostrarle que no valían genealogías, abuelos godos, bríos de raza, ante sus brazos desnudos...

Pero ahora que iban á volver á Lisboa, á dar *soirées*, á crearse una corte de admiradores, la reconciliación se hacía indispensable. Aquel padre que vivía en Bemfica, encastillado en el orgullo de otras edades, recordaría constantemente, á pesar de su lujo y sus riquezas, el brick *Nova Linda* cargado de negros... Y quería aparecer en Lisboa del brazo

de aquel suegro tan noble y tan ornamental con sus barbas de virrey.

—Dile que le adoro—murmuraba inclinada sobre el escritorio y acariciando los cabellos de Pedro. —Dile que si tenemos un niño le pondremos su nombre... Escríbele una carta cariñosa, ¿eh?

Y fué cariñosa y tierna la carta de Pedro á su padre. El pobre muchacho le quería. Hablóle conmovido de la esperanza de tener un hijo varón; debían acabar todas las rencillas ante la cuna de aquel niño heredero de la fortuna y del nombre de los Maias. Explicábale su dicha con efusiones de enamorado indiscreto; la relación de la bondad de María, de sus gracias, de su instrucción, llenaba dos páginas; y jurábale que apenas llegase á Lisboa iría á echarse á sus pies...

En efecto, apenas desembarcó, dirigióse á Bemfica. Dos días antes su padre había marchado á Santa Olavia. Esto le pareció una derrota que le humilló de un modo acerbo.

La separación fué completa entonces entre padre é hijo. Cuando le nació una hija no se lo participó siquiera—y dijo dramáticamente á Villaça que “ya no tenía padre”. Era una muñequita muy linda, rubia y de color de rosa, con los hermosos ojos negros de los Maias. Apesar del deseo de Pedro, María no quiso criarla; pero la adoraba con frenesí; pasábase los días de rodillas junto á la cuna, en éxtasis, palpando con sus manos cargadas de sortijas las carnicitas tiernas, besándola los piecitos, los brazos, el cuerpo regordete, asalmonado, baluceándole con cariño, perfumándola y cubriéndola de cintajos.

Entre sus delirios de amor por la hija, brotaba de cuando en cuando una gran cólera hacia el abuelo. Considerábase insultada en sí misma y en aquel

querubín que diera á luz. Injuriaba con grosería al viejo; llamábale *Don Fúas, Barbatanas...*

Pedro lo oyó un día y se escandalizó: ella replicó desabrida: pero ante aquel rostro colérico y aquellos ojos azules preñados de lágrimas, sólo pudo balbucear tímidamente:

—Es mi padre, María...

¡Su padre! ¡Y ante Lisboa entera tratábala como una concubina! Podía ser un hidalgo; pero era villana su conducta. Un *Don Fúas*, un *Barbatanas*, ¡na-da más!...

Cogió á la niña y abrazada á ella exclamó sollozando:

—¡Nadie nos quiere, ángel mío! ¡Nadie te ama! ¡Sólo tienes á tu madre! ¡Te tratan como á una bastarda!

El bebé, asustado por aquellas voces y estremecimientos, rompió á llorar. Pedro corrió; envolviólas en un mismo abrazo, ya enternecido, ya humilde, y todo terminó en un largo beso.

En el fondo de su corazón justificaba aquella cólera de madre que ve despreciado á su hijito. Por otra parte, hasta algunos amigos de Pedro, Alencar, Juan de Acuña, que empezaban á frecuentar su palacio, se refan de aquella testarudez de padre gótico, encastillado en su quinta porque su nuera no tuvo algunos abuelos que murieran en Aljubarrota. ¿Había alguna mejor que ella en Lisboa, con aquellas *toilettes*, aquella gracia, recibiendo tan bien? ¡Qué diantre! El mundo marcha, y ya están olvidadas las costumbres del siglo xvi.

El propio Villaça, un día que Pedro le mostró á la chiquirritina dormida entre blondas en la dorada cuna, enterneciése y declaró que aquello era una extravagancia del señor don Alfonso de Maia.

—¡Pues peor para él! ¡No querer ver un ángel como éste!— exclamó María, arreglándose el pelo ante un espejo.—Maldita la falta que nos hace...

Y no la hacía. En octubre, cuando la niña cumplió su primer año, hubo un gran baile en el palacio de Arroios, que ahora ocupaban por completo y que había sido ricamente amueblado. Las damas que en otro tiempo mostraran horror á la *negrera*, vieron á doña María de Gama, aquella que se tapaba la cara con el abanico, asistir á la fiesta, llamar "querida," á María, alabar las guirnaldas de camelias que adornaban los espejos de cuatrocientos mil reis y tragarse muchos sorbetes.

Comenzó entonces una existencia de fiestas y de lujo que, según decía Alencar, el íntimo de la casa, el cortesano de Madame, "tenían un saborcillo de orgía *distingúee*, como los poemas de Byron." Eran, en realidad, las *soirées* más alegres de Lisboa: cenábase á la una, con Champagne á todo pasto; tallábase hasta tarde un *monte* fuerte; hacíanse cuadros al vivo en los que María mostraba su soberana hermosura bajo los clásicos ropajes de Elena, ó el lujo oriental de Judith. En las veladas íntimas fumaba, como los hombres, un cigarrillo perfumado. Muchas veces, en la sala de billar, estallaban aplausos viendo como derrotaba á la carambola francesa á Juan de Acuña, tenido por el mejor jugador de Lisboa.

Entre aquel jolgorio continuo, animado por el soplo romántico de la Regeneración, se veía siempre, taciturno y encogido, al viejo Monforte, con ancha corbata blanca, con las manos cruzadas á la espalda, medio escondido en los rincones, junto á las ventanas, no apartando nunca la mirada, embebecido y senil, de su linda hija.

Nunca ésta fuera tan bella. La maternidad le daba un esplendor más majestuoso, y llenaba, iluminaba

33335

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RYLES"

Año 1875 MONTERREY, MEXICO

aquellas altas salas de los Arroios, con su radiante figura de Juno rubia, los diamantes de las trenzas, lo ebúrneo y lácteo de su desnuda garganta y el rumor de las crujientes sedas. Queriendo adoptar como era de razón, á guisa de las damas del Renacimiento, una flor simbólica, escogió el tulipán real, soberbio y ardiente.

Citábanse con admiración las prodigalidades de su lujo, se hablaba de sus blondas, que costaban tanto como un palacio!... Podía permitirselas; su marido era rico, y ella era capaz de arruinarlo, así como al viejo Monforte...

Como era natural, amábanla todos los amigos de Pedro. Alencar se proclamaba con orgullo "su caballero y su poeta...". Estaba siempre en Arroios; nunca faltaba en la mesa su cubierto, soltaba por las amplias salas sus frases resonantes y arrastraba por los sofás sus *poses* melancólicas. Dedicaba á María (y era de oír el acento fatal y lánguido con que pronunciaba este nombre—¡MARÍA!) su poema tan anunciado y tan esperado—¡FLOR DE MARTIRIO!—Y citábanse las estrofas que se dirigían á ella, escritas en el tono hinchado de aquel tiempo:

Vi-te essa noite, no esplendor das sallas  
Com as loiras treças volteando louca...

La pasión de Alencar era inocente; pero más de uno de los íntimos de la casa balbuceara ya su declaración en el *boudoir* azul, donde recibía á las tres, entre sus jarrones de tulipanes. Pero sus amigas, hasta las peores, afirmaban que sus favores no habían pasado nunca de alguna rosa dada junto á una ventana, ó de alguna mirada prolongada y cariñosa á través del varillaje del abanico. Pedro empezaba á padecer. Sin sentir celos, sobrecógiale á veces un

tedio invencible por aquellas fiestas y aquel lujo, un deseo violento de echar de los salones á tantos hombres, á sus íntimos, que con tanto afán hacían corro en torno de la desnuda garganta de María.

Refugiábase entonces en un rincón, mordía con furor el cigarro é invadía su alma un tropel de sensaciones dolorosas y sin nombre.

María adivinaba en el rostro de su marido "aquellas nubes", como las llamaba. Corría hacia él, tomábale las manos con fuerza, con dominio:

—¿Qué tienes, amor mio? ¿Estás enfadado?

—No, no estoy enfadado..

—Mírame, pues...

Estrechaba su hermoso seno contra el pecho de Pedro, sus manos corrían desde las muñecas á los hombros en lenta caricia; después, con un gracioso mohín, ofrecíale los labios. Pedro los besaba con pasión y sentíase consolado.

Durante aquel tiempo, Alfonso de Maia no salía de las sombras de Santa Olavia, tan quieto y retirado como si le hubiese tragado el sepulcro. Ya no se hablaba de él en Arroios. Sólo Pedro preguntaba alguna vez á Villaça: "¿Cómo está papá?", Las noticias del administrador enfurecían á María. "Papá está muy bien...". Tenía ahora un maravilloso cocinero francés; Santa Olavia estaba lleno de huéspedes, Sequeira, Andrés de Ega, don Diego de Cutiño.

—¡*Barbatanas* prospera!—decía á su padre con rencor.

Y el viejo negrero se entregaba de gusto las manos, satisfecho de saberle feliz en Santa Olavia; porque no cesaba de temblar pensando que algún día pudiera ver delante de él, en Arroios, aquel hidalgo tan severo, de vida tan pura.

Cuando María parió segunda vez, un niño, la calma que durante unas semanas reinó en Arroios,

recordó vivamente á Pedro la imagen de su padre abandonado en las soledades del Duero. Habló á María de reconciliación, con miedo, aprovechando la debilidad de la convalecencia. Y fué grande su júbilo cuando María respondió, después de estar pensativa un momento:

—Creo que sería feliz si le viera aquí...

Pedro, entusiasmado con tan inesperada aquiescencia estuvo por ir á Santa Olavia. Pero se le ocurrió á María una idea mejor. Alfonso, según decía Villaça, estaba á punto de volver á Bemfica; pues bien, allí iría ella con el pequeñuelo, vestida de negro y de repente, echándose á sus pies, pediríale su bendición para su nieto. ¡No podía fallar! No, no podía: y Pedro vió allí una alta inspiración maternal...

Para ablandar ya á su padre, Pedro quiso dar al niño el nombre de Alfonso. Pero no consintió en ello María. Estaba enfrascada en la lectura de una novela cuyo héroe era el último Stuart, el romántico príncipe Carlos Eduardo, y enamorado de él, de sus aventuras y de sus desdichas, quería dar su nombre al chiquitín... ¡Carlos Eduardo de Maia! Tal nombre se le antojaba que contenía un destino de amores y hazañas.

Hubo que retardar el bautizo porque María tuvo anginas. Fueron benignas, y al cabo de dos semanas pudo salir Pedro á una cacería en su posesión de *Togeira*. Debía estar allí dos días. La partida se organizó para obsequiar á un italiano, que había llegado por entonces á Lisboa, mozo distinguido que le presentara el secretario de la Legación Inglesa, y con quien Pedro simpatizó: decíase sobrino de los príncipes de Soria y venía huyendo de Nápoles, donde conspirara contra los Borbones, que le condena-

ron á muerte. Alencar y Juan de Cutiño iban también á la cacería. Partieron de madrugada.

Aquella tarde comía María en su habitación, cuando oyó carruajes que se detenían en el patio y gran rumor de voces. Casi inmediatamente apareció Pedro, trémulo y trastornado:

—¡Una gran desgracia, María!

—¡Jesús!

—¡Herí al huésped, al napolitano!

—¿Cómo?

Una desgracia estúpida... Al saltar un barranco se le disparó la escopeta y la carga ¡zas! hiere al italiano. No era posible curarle en la *Togeira* y habían vuelto á Lisboa. No podía consentir que un hombre herido por su culpa fuera á la fonda: había-le traído á Arroios, donde el médico le cuidaría, en el cuarto verde del segundo piso. Había que buscar dos enfermeras para velarle...

—¿Y él?

—¡Un héroe! Sonríe; dice que no ha sido nada; pero está pálido como un muerto. Un chico encantador. ¡Qué cosas me ocurren! ¿No ha venido Alencar? Bien podía haberle herido á él, que es un amigo de veras. Pero no, he tenido la desgracia de herir á ese pobre muchacho...

Un coche entraba en el patio en aquel momento.

—Es el médico.

Y Pedro salió.

Volvió á poco, más sosegado. El doctor Guedes se rió de aquellas heridas; un arañazo en el hombro; algunos perdigones en las costillas... Prometió que dentro de un par de semanas podría cazar de nuevo en la *Togeira*, y el príncipe fumaba ya un cigarro. ¡Bravo mozo! Parecía simpatizar con Monforte...

Aquella noche María durmió mal, excitada á pensar suyo por la idea de aquel príncipe conspirador,

entusiasta, condenado á muerte y ahora herido y curándose en su palacio, sobre la habitación de ella.

Al día siguiente, apenas Pedro salió para hacer transportar el equipaje del herido á su palacio, María envió á su camarera francesa, una guapa arlesiana, al cuarto del italiano para saber cómo Su Alteza pasó la noche y para ver qué "cara tenía." La arlesiana volvió con los ojos encandilados para decir á la señora, con la verbosidad provenzal, que nunca viera un hombre tan hermoso, que parecía Nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué pecho! ¡Qué blancura de mármol! Estaba muy pálido aun, agradecía, enternecido el cuidado de la señora María; estaba leyendo un periódico apoyado en las almohadas...

María, desde entonces, no pareció interesarse por el herido. Pedro era el que á cada instante entraba para hablar entusiasmado de aquel príncipe conspirador, participando ya de su odio á los Borbones, encantado de la similitud de gustos que hallaba en él; el mismo amor por la caza, los caballos, las armas. Todas las mañanas subía al cuarto del príncipe con la pipa en la boca y pasaba allí unas horas hablando ambos como antiguos camaradas, bebiendo *grog*s un tanto cargados, que no prohibía el doctor Guedes. Llevaba allá á sus amigos, á Alencar, á Juan de Acuña. María oía desde su cuarto sus carcajadas. A veces tocaban la viola. Y el viejo Monforte, enamorado del héroe, no cesaba de rondar su cama.

La arlesiana aparecía á menudo por allí trayendo toallas con flecos, un azucarero que nadie pedía, ó un búcaro con flores para alegrar la alcoba... María preguntó un día muy seria si además de todos los amigos de la casa, de dos enfermeras, dos criados, de su padre y de él, Pedro, era también necesaria

constantemente su propia criada en la habitación de Su Alteza.

No lo era. Pero Pedro se rió mucho á la idea de que la arlesiana se hubiese enamorado del príncipe. En tal caso, Venus le era propicia. El napolitano también la requebraba y había dicho que era *un très joli brin de femme*.

El hermoso rostro de María palideció de cólera. Aquello se le antojaba de muy mal gusto, grosero, impudente! Pedro fué un tonto trayendo á Arroios un extranjero, un fugitivo, un aventurero. Le indignaba aquel belén que armaban arriba sin consideración á su debilidad, á su convalecencia. En cuanto Su Alteza pudiera salir en un coche, que se largara con viento fresco...

—¡Qué prisas, Dios mío, qué prisas!—exclamó Pedro.

—No hay más.

Y se mostró sin duda muy severa también con la arlesiana, pues Pedro la halló poco después en el corredor limpiándose los ojos con el delantal, sollozando.

Al cabo de algunos días, el príncipe, ya mejorado, quiso volver á su hotel. No vió á María; pero en agradecimiento á su hospitalidad le envió un ramillete admirable, y con una galantería de caballero del Renacimiento, un soneto en italiano, arrollado entre las flores y tan perfumado como ellas: comparábala á una noble dama de Siria dando de beber á un caballero árabe herido en el desierto; comparábala á la Beatriz del Dante.

Aquello fué para todos de una distinción suprema, y, como decía Alencar, un rasgo á lo Byron.

Luego en la *soirée* del bautizo de Carlos Eduardo apareció el napolitano y causó á todos gran impresión. Era un real mozo, de formas esculturales, de